

Conjeturas sobre la narrativa de Carlos Morand

por

Guillermo Blanco

Tiene treinta años de edad y ha publicado dos libros de relatos, brevísimos. Ni personalmente ni a través de lo que escribe aparece como un hombre expansivo. Al revés: diríase que sus labios y su pluma se mueven con cautela. ¿Dificultad para encontrar las palabras? Tampoco es esa la impresión que da, sino más bien la de medir —entre las que halló, entre las que posee— aquellas que podrá entregar sin entregar demasiado.

Parece, diríase, da la impresión: aun estos términos sugieren una personalidad huidiza. Voluntariamente o no.

Como crítico, Carlos Morand exhibe una mente hábil, alerta. Sus análisis suelen calar muy hondo, y sus diagnósticos tienen la clara precisión de la citología. Además de *Una larga espera* —novela corta— y *La herida del tiempo* —relatos— ha publicado un estudio sobre los adolescentes en la obra de Aldous Huxley.

Nueva pregunta, nueva conjetura: ¿Existe algún parentesco anímico entre el autor inglés y el chileno? Otra vez diríase que sí. Otra vez parece que ambos estuvieran ligados por un afán de estudiar emociones y una gran dificultad o un gran pudor ante la perspectiva de volcar las propias en el papel. *Da la impresión* de que Morand, al igual que Huxley, coloca a sus criaturas en el caldo de una experiencia, va dejándoles caer gotas de ácido —las situacio-

nes progresivamente límites— y anota con lucidez el cuadro de síntomas.

¿Es de hecho así?

Carlos Morand no lo cree. En una conversación reciente explicaba que tiene algo que decir sobre su yo, y está tratando de decirlo a través de narraciones. El que éstas transcurran en lugares extraños a su experiencia, o por lo menos remotos con respecto a su presencia actual, es secundario a sus ojos. Y también lo es el que sus personajes sean, por lo general, tan alejados de la persona del autor como los sitios donde él los coloca.

Todo lo cual hace difícil explicarlo y, antes, entenderlo. No porque sea oscuro ni porque asigne extraños simbolismos a la anécdota o a la actitud que describe, sino porque se sabe, se siente latir tras ellos una trascendencia más honda. Casi desde la primera línea se percibe a un escritor que jamás se contentaría con contar un argumento.

¿Qué más pretende contar?

Siguen las conjeturas.

LA RAZA VIEJA

Un atisbo superficial —casi estadístico— permite anotar que en todas las narraciones que Morand ha publicado colocó epígrafes. No es sólo un detalle curioso, sin embargo, si se pasa a la lectura de esos epígrafes.

En *La herida del tiempo* cita a Romain Rolland: “Se paga caro el privilegio de pertenecer a una raza demasiado vieja. Se lleva una carga abrumadora de pasado, de pruebas, de existencias agobiantes, de inteligencia y de decepciones efectivas; todo un sedimento de vida secular en el fondo del cual ha quedado un fermento agrio de tedio”.

Es sugestivo. En ese relato, que da título al volumen, y en *Los hombres de arena*, que lo acompaña, la tónica de la "raza vieja" es clarísima, con la condición de que no se la entienda siempre en forma literal. La misma tónica, el mismo motivo, subyace en *Una larga espera*.

Las tres narraciones presentan, con matices variables, a personajes superiores: más cultos —o simplemente más civilizados—, enfrentan a seres primitivos, dentro de situaciones-límite de violencia, y en lugares no menos violentos ni menos primitivos. El contraste entre el medio exterior áspero y la idiosincrasia del héroe es tajante. Y se traduce en un progresivo hundimiento del intelectual, incapaz de prevalecer sobre una naturaleza telúrica y humana demasiado simple para su propia mentalidad compleja.

El choque subraya la relación —¿o la coincidencia?—, con la cita de Romain Rolland.

Porque en verdad, la cultura es "una carga abrumadora" cuando se vive, o se trata de sobrevivir, en el desierto, en la selva, en el torrente de una revolución armada. Y es "carga del pasado, de inteligencia, de decepciones afectivas, de vida secular" la que llevan en sus hombros los protagonistas de las tres historias.

Da lo mismo que hayan nacido en Europa y luego se exiliaran a América, o que nacieran físicamente en ella. En ambos casos son perfectos extranjeros frente a los campesinos o soldados de estas tierras. Pertener a una raza nueva o a una vieja no es cuestión que resuelvan ni le cédula de identidad ni el certificado de registro civil. Ni siquiera la sangre que corre por las venas del extraño.

El profesor —vuelto— periodista de *Una larga espera*, por ejemplo, resulta europeo en todo lo que es esencial cuando se encuentra cara a cara con aquellos que, desde un punto de vista legal, son compatriotas suyos. Hijos de un mismo territorio; sin embargo, ¿no han vivido en mundos diferentes? Con las mismas palabras, ¿no hablan acaso dos idiomas sin casi nada de común? Puestos —dan

ganas de decir que por accidente— en idéntica situación histórica, ¿no pertenecen a eras diversas?

Lo remachan las últimas frases del relato. Pensando en que tal vez se libre de morir fusilado, el protagonista se pregunta:

“Si lo consiguiera ¿por quién lucharía? ¿Por los Blancos? ¿Por los Azules? . . . En el fondo me da igual porque, después de todo, no creo que sea ese mi verdadero problema”.

ANDAR A TIENTAS

Otros dos de los epígrafes que Carlos Morand eligió para sus narraciones sugieren ideas similares. Al iniciar *Los hombres de arena* toma los versos de T. S. Eliot:

*Esta es tierra de muertos
esta es tierra de cactus.*

.....

*En este último lugar de reunión
todos andamos a tientas
y evitamos hablar.*

Hacia el fin del día va precedido por otros, de Ungaretti:

*Lejos, lejos
como a un ciego
me han llevado de la mano.*

Ese andar a tientas, ese ciego a quien conducen —¿quién? ¿cómo?, ¿por qué?—, hablan con distintas palabras del mismo fenómeno. Para usar expresiones de moda, podría plantearse como una alie-

nación. O como un problema de incomunicabilidad. O como un proceso evasivo.

Y se podría reforzar la idea agregando que las narraciones de Carlos Morand no tienen lugar. Transcurren en escenarios oscilantes, que bien podrían hallarse en cualquier punto de la geografía americana entre el Río Grande por el norte y, por el sur, alguna línea que pasa apenas "más arriba" que el de la Plata.

Puestos en selvas, desiertos o campos de batalla innominados, parece que su sensación de extravío se acentuara, y con ello su alienación. Ignoran el nombre del sitio en que se encuentran. Sólo saben que se encuentran en un sitio sin nombre.

En ese instante es cuando empiezan a explorarse a sí mismos. Y descubren otra geografía: la geografía del miedo, la de la indecisión, la del desamparo. La aniquiladora geografía de su propia "vejez de raza". Hombres de pensamiento, no saben emprender la acción, y apenas si logran analizarla. Andan a tientas, evitan hablar; van lejos, lejos, llevados de la mano por fuerzas que, al desconocerlas, los convierten en ciegos.

¿Cuál es la actitud de Morand frente a ellos?

A simple vista, la de un espectador. Aun cuando los describe en primera persona, parece estar dando sogas muy medidamente a sus protagonistas y anotando reacciones. Sin embargo, el hecho de que la tónica se mantenga —incluso, aunque con menos obvia claridad, en los otros dos cuentos de *La herida del tiempo*— sugiere una preocupación permanente, un propósito.

En *De un muro a otro*, la narración que sigue, puede observarse un persistir en el tema. Al leerla y recordar las anteriores, se siente la tentación de conjeturar . . . de nuevo. Quizá todos estos retratos sean, en la práctica, visiones fragmentarias de un gran retrato mayor. El de un hombre —¿Carlos Morand?—, el de una manera de ser, el de una época. Quizá.

Un cambio sí se nota en *De un muro a otro*: el del estilo. A la contención que se observaba en las dos obras ya impresas, a la estructura casi intelectual de la forma, sucede aquí un lenguaje que, sobre todo al comienzo, se desborda de manera poco menos que torrencial. Esto podría apuntar a una actitud general diversa. A un abandono del laboratorio humano por —tal vez— el laboratorio estilístico.

¿O es camino de liberación de la espontaneidad?

Tal vez.

